



De Viento quebrado

Mariana Bernárdez

HACE TIEMPO, LOLITA CASTRO me obsequió *Viento quebrado*, su poesía reunida, el libro me ha acompañado desde entonces y se me ha vuelto un arcano, leo sus versos que me asaltan y se me adentran en los días. Sus palabras me despiertan en la noche cuando el viento golpea los entresijos de mi casa, acaricio sus páginas y los dedos en sílaba deletrean su resuello; dejo que me escriba su latido desde *El corazón transfigurado* hasta su *Asombraluz* y luego su silencio se me vuelve sitio de la memoria. Van estas notas por lo tanto que me ha dado en la vida el deambular entre sus poemas.

Ajena a lo vano es su poesía, su expresión ceñida y justa nace del cuerpo como carnalidad del mundo, ella escribe con todo lo que la habita, desde la entraña hasta la *rama enamorada y muda que danza*. Palabra que se incendia en la aridez de la tierra y en la anunciación de un río que alumbrará con los años su mirada, tregua que abre un claro para entrever su oleaje y su rumor: canta el árbol y el pájaro, la piedra y el polvo del camino, el cielo y el relámpago. Tanto milagro inaugura el peso del poema dentro, ahí donde la sombra ni siquiera es rastro de lo que no se dice por su presencia extrema:

[...] soy el barro que guarda/ este pájaro herido en la caída;/ soy el caído
pájaro que canta/ en su dolor y limitaciones;/ soy todo lo que vuela, la
ceniza,/ el muro, el viento, el pájaro, el olvido.

La naturaleza silba o la tierra suena: Traigo la boca llena/ con el eco del mundo [...] El poeta nombra, ¿o es nombrado?, acción mediante la cual abre la posibilidad del horizonte que sólo aparece en la certeza del tiempo como don y vértigo, difícil equilibrio entre el arrebato y el devenir de la memoria, pues si algo enseña andar entre el cielo y el infierno es la escritura como grieta que inaugura el juego de lo mismo siendo lo otro.





Dolores Castro
Viento quebrado. Poesía reunida
México: FCE, 2010, 316 pp.

La ceniza/ tan leve, tan ala, tan nieve,/ ancla del
fuego/ testigo del vuelo/ y de la breve órbita/ del
volador.

Sólo en esta vastedad viven armónicamente los opues-
tos, se transmutan sin fin las señales, los elementos va-
rían entre sí, se deja de ser para seguir siendo, se bordea
el sustrato de lo irrepresentable, porque lo vivido es el
rastros que se oculta cuando se pronuncia.

[...] Algo traigo en la piel/ —que no pudo lavar-
me toda el agua/ cuando cayó en el barro de mi
cuerpo—/ y apagará mi sangre lentamente.

De tal paradoja poco se puede replicar, quizá sí arriesgar
la intuición de que tal manifestación de rareza es propia
de la condición humana y fundamento de su expresión.

Yo ya no soy/ quietud que refleja/ sino afilada/
pregunta sin respuesta.

La falta de contestación apunta la evanescencia como
argumento que desdobra el habla del fuego, e inicia
con ese despliegue la sospecha de que el lenguaje de
tan caído sólo puede llevar a la ascensión.

Cómo arden, arden/ mientras van a morir empa-
vesadas/las palabras./ Leñosas o verdes palabras./
Bajo su toca negra se enjaezan/ con los mil tonos
de la lumbre./ Y yo las lanzo a su destino;/ en su
rescoldo brillen.

Y la altura es propia de quien puede recorrer la vertica-
lidad, en tanto su mirada no es meramente el registro
que palpa, sino lo que propicia el alertar de los sentidos
interiores, que una vez despiertos habrán de anudar la
poesía-el poema-el poeta en cada letra mediante la cual
aborden el recorrido por la escala de lo irreductible: de
la raíz a la rama y de la hoja al polvo:

Al contemplar un árbol el ramaje de su infancia/
reverdece/ y recuerda que de niña escaló el árbol
y al levantar los ojos/ casi cae ante el temor del
cielo profundo.

Poética no del vacío ni de lo lleno sino del resplandor
que hierde de un tajo. Cada trino es un deslumbramiento, dirá
Sé que la oscuridad es un deslumbramiento, residuo
de que alguna vez el paraíso no fue imagen derruida
en el sueño de Adán ni silogismo roto en la imagen y
semejanza de lo disímil.

Mi corazón espejo caído de la noche/ es costilla
de Adán iluminada.

A ella se le quiebra el viento o el *viento la ha quebrado*,
¿de qué otra manera tantear un silencio que cruza el
dintel entre la vida y la muerte? Misterio. Instante.
Tiempo de todos los tiempos [...] antigua noche de
los siglos.

Suspensión de sentido para abrazar la polifonía del
significado, rastro de un inicio del que nada sabemos,
pero cuyo echar en falta acusa su simbolismo, ¿ley de
correspondencias o eje de la identidad? Reverbera-
ción que es señal de un despliegue primario donde
no importa la polaridad de arriba o abajo, de antes o
después, sino la anchura donde el sentido estalla en la
plurivocidad de los signos.

Somos el accidente:/ el equilibrio/ de una garza
en el viento./ Somos el viento.

La experiencia poética constata que en lo cotidiano
concorre lo maravilloso y el asombro que provoca es
una experiencia vital más allá de lo fundacional.

No es el amor el vuelo.// Es lo que va despacio/
de oriente agua a norte viento/ y fuego, y tierra,/ y
flor.// Es el estrecho abrazo/ bajo la misma manta/
que produce los días.

El ocurrir es un pronunciar que abre la realidad, las palabras nombran y el mundo existe, expresión que declara y que al manifestarse se repliega en su ocultación: el silencio no es meramente el anverso de la palabra o su médula o la sombra de lo ido, no es un callarse por no saber lo que es lo indecible, ni es el refugio de lo indomable.

¿Qué es lo vivido/ en qué poro ha quedado/ o en
qué ráfaga?

Centro y periferia conforman la encrucijada que se formula en enigma, *semilla estéril*, o el poema como destino que a ras de tierra deletrea la profundidad que habita *entre el pecho y la espalda* o que afirma su traza.

Es el mar/ que regresa después de huir mil veces.
Son los días y su paso de langosta/ que devora
el silencio.

La poesía es receptáculo de la fuerza primaria, de la *physis*, del espejo que reverbera imágenes en su acontecer, es raíz y sustento, lengua florida cuya depuración la vuelve cuchilla que corta la realidad para mostrar su interior.

Traigo la boca llena/ con el eco del mundo/ que
llega/ con su piel de oveja,/ que se amansa y
entra,/ que dentro se acuesta/ para crecer,/ hasta
quebrantar mi pequeñez.

Nudo que aprieta su dentro y que a veces es quebranto y otras vuelo. ¿Dónde la palabra, la exacta, la justa, la que vela desvelándose?, ¿en el fondo de ese anudar que apresa lo vivido en su lazo de vida-amor-muerte? Sólo la palabra en su más alta cala responde a esas preguntas que ni siquiera se balbucean porque son un sentir que da certeza de pertenencia, un lugar, una ventana donde acodarse para ver pasar el insomnio o

las horas que arrecian para confirmar la dimensión en el diario vivir.

[...] este es mi hijo,/ y estos sus dos ojos,/ donde
la noche sale.

La espontaneidad de su expresión es comunión con lo otro, ejercicio de libertad que se afirma en el vínculo emotivo, sabiduría de lo profundo pues lo que enlaza, aparta. No hay juntura fallida, sino medida, equidistancia precisa entre el silencio y la herida del cual emerge lo no dicho por demasía.

Lo que veo ya no cabe/ entre el párpado y el la-
grimal.// Desorbitada asisto.// Voy calculando los
rigurosos pasos/ sobre un alambre.// El parpadeo
conduce al abismo./ [...]

Nostalgia como huella primordial que arremete contra la geometría falaz de una razón extraviada en su espejismo, y que afirma la legitimidad de la conmoción como forma de acercamiento al instante que pasa, a lo irrecuperable.

Fluir, volverse ajeno/ sin arrojarse al mar de cada
instante y poseerlo/ en su profundidad./ Refu-
giarse en el parpadeo/ y para huir del horror,/ no
mirar.// Sólo el mar vuelve una y otra vez.// Fluir
es no volverse,/ no ser siquiera estatua de sal. [...]

La tarde, la higuera, el mundo..., testigos mudos y referencias que configuran la historia vivida, el tiempo personal, la luz y el asombro que produce su roce sobre los objetos que asisten y perduran más allá de la muerte, en una sujeción impropia de lo inanimado que acierta a desbocar la rabia de quien ha perdido lo amado y lo reencuentra en la palabra que se pronuncia en verso: Lejos de ti/ ¿podría quedar algún/ consuelo?; o en el verso que es sedal: Hilos en el telar/ de las raíces/ de mis generaciones. Sea al final del recuento todo luz, la que atraviesa las ventanas, la que inaugura el día, la que abre el pálpito del corazón que una vez transfigurado encuentra *la luz de conocer y amar/ en una sola luz.* ■■